

Carmen Sola Martínez
IES La Flota (Murcia)
MURCIA



Llegó el momento. Me prometí a mí misma no ponerme nerviosa, sé que lo pudo conseguir, sé que en cualquier momento la inspiración llegará a mí, pero nunca llega.

Llevo treinta minutos sentada delante de un papel sin más ayuda que una cajita de música, una melodía deprimente y una frase: “¿De dónde había salido esto?”

Ya han pasado cuarenta y cinco minutos y casi todos están terminando de escribir ya. Lo único que he conseguido yo es malgastar un trozo de papel.

Empiezo a pensar en las mil y una historias que he escrito e imaginado, intentando que encajen, pero nada.

Una hora. La botella de Coca-Cola vacía, le he dado tanto a la manivela de la caja de música que ya me sé la melodía de memoria, veo cómo uno de los compañeros que me acompañaban se levanta, entrega su relato y se va.

Me quedan cuarenta y cinco minutos para entregar el relato, mi madre debe de haber llegado ya.

Veinte, veinte concursantes han salido ya del aula, mi papel sigue en blanco a excepción de mi nombre en el encabezado de la página.

El reloj sigue corriendo, la clase está tan en silencio que puedo oír los bolígrafos escribir, todos menos el mío. Ya ni siquiera pienso en las historias que yo haya escrito, pienso en las que han escrito los demás, nunca pensé que caería tan bajo.

Cuarenta minutos, dos mil cuatrocientos segundos, la mitad de las personas ya se han ido, he empezado a dibujar estrellitas por todo el folio, mi compañera de la izquierda no para de mover la manivela de la caja de música.

Mi mente empieza a viajar por todos los libros que he leído. Historias de marineros, dragones, hadas y fantasmas, príncipes y princesas pasan por mi mente, pero ninguna se queda.

Treinta y cinco minutos. He contado treinta personas en todo el salón. Mi boli se niega a moverse, mi cabeza a imaginar.

Vuelvo a hacer sonar la caja de música, como si la melodía fueses a cambiar, pero no cambia.

Cojo otro bolígrafo que llevaba yo por si acaso, pero este de color negro, supongo que en mi cabeza hay algo que se niega a pensar con un boli desconocido, resulta que no, hoy mi imaginación se ha ido de paseo y no parece tener pensado volver.

Una vez leí que en estado de shock o de alto estrés alguien puede paralizarse, pero el problema es que estoy estresada por estar paralizada, y no al revés.

Media hora, diez personas, mucho estrés y pocas ideas. ¿Cómo he llegado a esta situación? Desde pequeña he imaginado dragones, castillos, océanos infinitos y de todo. Ahora lo único que imagino es la cara del jurado cuando vean la hoja en blanco.

Quince minutos, un cuarto de hora, una octava parte del tiempo que nos daban para escribir. Mi hoja tiene más estrellas que la Vía Láctea. Ya solo quedan tres personas y mi folio vacío de historias. Una de las que se habían ido se ha dejado su Coca-Cola, yo la he cambiado por una Zero, la gente de vigilancia no se da cuenta de que es la segunda que me bebo.

A una de las chicas que quedaban se le ha caído la Coca-Cola en el relato, nos dan treinta minutos extra.

Diez minutos más treinta extra. Tanto azúcar empieza a afectarme, mi pierna se mueve más que un terremoto, estoy sola en la fila.

El hombre que nos ha dado la bienvenida se pasea de un lado a otro. Cuando pasa cerca de mí yo finjo escribir, todavía tengo la esperanza de que la inspiración llegue. Si eso no pasa, espero que la botella gigante que había en la puerta se caiga encima de los relatos, sé que es de mentira, pero quién sabe, los milagros existen, como el milagro de permanecer sentada con un libro de Coca-Cola corriendo por tu sangre.

He roto la cajita de música, voy por los treinta minutos extra y el minuto interior. Quedan nueve personas, siete botellas, ocho si contamos la de adorno.

Quince minutos. Catorce minutos. Trece minutos y medio. He empezado a escribir, no es exactamente una historia, pero es algo, siempre será mejor que dejarlo en blanco.

Un minuto. Dos personas, cero botellas, media cara escrita. Mi boli deja de pintar.

Treinta segundos. Cambio de boli y empiezo a escribir como si mi vida dependiese de ello.

Diez. Nueve. Ocho. Me quedan tres líneas. Cinco. Cuatro. Tres. Una línea. Uno. Cero.
Terminé.